

que el gran luminar que criára Dios para vivificar la tierra y dar luz al mundo planetario, marcha siempre con paso firme, sin declinar, sin subir, sin bajar; su marcha es constante y majestuosa, y en ella va siempre triunfando de su gran enemigo, de las tinieblas, que, cobardes, no se atreven á presentar su hórrida faz sino despues que el sol ha trasmigrado á otro hemisferio. Tanta es su luz cuando se encumbra sobre nuestros vértices, como al nivelarse con nuestras plantas.

Así María, señores, triunfa al hallarse en su Oriente; triunfa cuando ha llevado sus pasos hasta lo más encumbrado de su vida, y triunfa tambien en su declinacion; esta estrella, que no conoce variacion alguna y hace huir ante su presencia á los tenebrosos espíritus, igualmente es luminosa en su Concepcion, que en Belen, que en el Gólgota, que en el Cenáculo y que en el lecho de la muerte. Pero ¿de qué modo? Hé aquí, señores, dónde halla mi espíritu un vasto campo para discurrir; en todas estas escenas la persona de María aparece como otro cualquiera individuo de la naturaleza, sin privilegios, sin visualidad; toda su vida no es más que una sucesion de trabajos; la Hija de David no tiene lustre alguno; si durante su carrera se hubiese atrevido alguno á decir que esta Vírgen, abyecta y pobre, era la realizacion de la antigua Raquel, de Abigail, de Betsabé, de Judit, de Ester, de Débora y de otras muchas heroínas famosas por su hermosura, y prudencia, y fortaleza, y piedad, y castidad; si alguno hubiese predicado de Ella la última de las virtudes con que aún en vida de ellas fueron encomiadas las referidas heroínas; si alguno hubiese dicho que esta mujer era la grande y atlética que por boca de Dios fuera predicha desde principio del mundo para que confundiese el poder del averno; si alguno en la Judea, en Jerusalem, en Belen, en Nazaret, hubiese dicho que María era la Vírgen de Isaías, que daría al mundo el Emmanuel, habria sido ape-

dreado como un sacrilego profanador; tales eran las apariencias exteriores de María; tal era tambien la estupidez del pueblo hebreo, que no sabía encontrar grandezas y virtudes sino en los palacios, en el brocado, en las riquezas y en el brillo exterior, de que tanto distaba María.

Pero preciso es confesar que en estas apariencias humildes estaba oculta toda la virtud del Omnipotente; Dios llevaba á María de su mano, y la pasaba por medio de los peligros para que resaltase más y más la fuerza de su brazo. Mirad cómo entra María en el mundo; tiene cuanto es necesario para incurrir en la culpa original; pues para esto, como afirma el Doctor Angélico y los demás teólogos, no se necesita más que ser hijo de Adán. Joaquin y Ana, sus padres, no son más que los demás hombres, si no es por virtudes personales; pero por muy justos que sean, no podrán tener un heredero de su nombre sin trasmitirle con la sangre el pecado que han heredado ellos tambien de su primer padre. Mas entre tanto, ¿qué sucede? María entra en el mundo atravesando los bordes del precipicio de la culpa, sosteniéndola Dios para que no se deslice ni caiga; no de otro modo que la blanca paloma recorre los bordes pantanosos de un gran lago, llevando su rápido vuelo casi á flor de las heces inmundas, sin empañar lo más mínimo su tersura y candor. ¡Ah! ¿Qué vale la razon humana para apreciar las obras de la razon divina? Cuando Dios quiere desarrollar su voluntad y poder, no tiene que atenerse á otra ley que su propio querer.

Del mismo modo vereis que recorre María todas las demás fases de su vida mortal; miéntras los sentidos no veian sino exterioridades y abyeccion, pasaban en la sublime region del espíritu escenas gloriosas y encantadoras; subid al Calvario, y ciertamente temblareis al ver á esta Vírgen convertida en la mujer más desgraciada, que pierde á su Hijo en un infame patíbulo: dolores, afren-

tas, soledad, ignominia, es todo el patrimonio que resta á esta mujer, que algun tiempo ántes fuera llamada feliz por un alma entusiasta, sólo por haber dado leche al que moria en un cadalso. Estas son las apariencias exteriores. Y ¿quién no divisa al través de estos ludibrios otras realidades irradiantes como el sol? ¿Quién no ve que entre los dolores del Gólgota, María es coronada por Reina de todos los mártires, así como al venir al mundo por los medios comunes, Dios habia puesto sobre su augusta frente la diadema celestial como Reina de la pureza y virginidad? Pues bien, señores: así eran tambien necesarias otras exterioridades en la muerte de María, para que fuese coronada por Reina del mismo infierno, sobre el cual tiene un poder el más soberano que puede haber despues del poder divino; así se cumpliria la profecía de su victoria sobre el demonio en toda su latitud.

¡Ah! al proferir la palabra *muerte* en la Reina del cielo, no puede ménos de encontrar el espíritu cierta repugnancia. ¡María muere...! ¡María, que ha tenido nueve meses en su seno al Autor de la vida, inclina su régia cabeza al triste y horrendo ángel de la muerte! ¡Qué! ¿no es la muerte pena del pecado? ¡Qué! ¿no ha sido María eximida de este yugo, no cometiendo además ni áun el más leve en su persona? Pues ¿cómo sufre la pena sin haber incurrido en la culpa? ¿Cómo entra en la lóbrega mansion la que siempre estuvo circuida de la luz de la Divinidad? Hé aquí las tristes reflexiones que abrumbrian nuestro espíritu si no supiésemos que Dios se sirve de las apariencias humildes para confundir á los orgullosos, y hacer más palpable la virtud y la grandeza de sus escogidos. María espira; pero su muerte no es efecto del pecado, ni de enfermedad, ni de inanición; el amor divino tiene postrada á esta Vírgen soberana; desde que su Hijo subiera á los cielos, pregunta á todas las criaturas si han visto á su amado: todas le contestan unáni-

mes que está ausente, y ella las conjura á todas con la esposa de los Cantares, que si lo ven, le digan que está enferma de amor. Muere María; pero ántes un ángel viene del cielo, trayéndola una palma entretejida de coronas; Muere María, pero ántes Dios obra portentos admirables, trayendo en un instante á los Apóstoles, que estaban diseminados en partes remotísimas, para que todos reciban la bendición de su Reina; muere María, pero ántes se deja ver su Hijo sagrado, que desde el trono de la gloria ha bajado á acompañar á su Madre en su tránsito á la eternidad; muere María, pero su santo cuerpo es llevado al sepulcro en hombros de los Apóstoles, acompañándolo los coros de los ángeles, que con sus cítaras entonan sin cesar himnos y cánticos á su Reina. ¡Ah! yo no puedo ménos de confesar que hay en la muerte de María cosas tan portentosas, que apénas pueden referirse en este siglo que se llama de razon, y no se fía de la autoridad. Pero yo canto las glorias de mi Madre, y no conviene, cierto, á un hijo el callar lo más mínimo de las grandezas de la que le ha dado la vida. Y tanto más motivo tengo para publicar estas maravillas, cuanto me veo autorizado para ello por el sapientísimo San Juan Damasceno, por San Gregorio de Tours y por San Dionisio Areopagita que las refieren, éste como testigo ocular, y aquéllos como fieles depositarios de la tradicion.

Nada es ciertamente la separacion momentánea del cuerpo y del alma cuando se apartan estos dos compañeros para conseguir nuevos lauros que pronto han de compartir. Esta misma muerte, que cada dia nos llena de terror cuando la vemos ejercer su saña en nuestros hermanos, no tendria tan hórrida cara si se alejasen de ella los temores del porvenir, las convulsiones de la agonia y los dolores de la enfermedad que la preceden. Cuando vemos morir á alguno sin estos terribles aparatos, decimos que ha tenido una muerte dulce como el sueño;

decimos que ha pasado de una vida feliz á otra más dichosa. ¿Qué diríamos, si al poco aquel cuerpo mortal se revistiese de la inmortalidad? ¡Ah! No quiero ya decir que María muere; pues aunque cesa de respirar este aire comun; aunque su cuerpo queda exánime, es esta muerte un tránsito al cielo, es un sueño felicísimo, es un triunfo sobre la misma muerte. Sería un error decir que el sol se muere, porque al llegar á cierto punto de su carrera no llegan á verlo nuestros débiles ojos; se ausenta tan sólo para aparecer de nuevo bañando al mundo con sus resplandores, que ninguna alteracion padecen.

¡Ah! ¿Por qué hemos de ser tan limitados, que no hemos de poder ver, miéntras vivimos en este mundo material, todo lo que pasa en el invisible y espiritual? ¿Por qué nuestra vista no ha de poder fijarse sino fugazmente en los grandes objetos de la vida venidera? Viéramos entónces cuán glorioso es el tránsito de María, cuán confuso quedó el demonio, y cuán aterrada la muerte. Sí, al transmigrar María al reino de la eterna luz, huyeron despavoridos á las concavidades del abismo todos los espíritus infernales, no pudiendo mirar sin nuevo tormento aquella alma que estaba tan ricamente adornada con miles de lauros, que consiguiera estrellando aquel estúpido orgullo que quisiera nivelarse en el principio con el mismo Dios. La muerte quedó sobrecogida cuando, extendiendo su cortante guadaña, se encontró con una mano poderosa que la detenía y aterraba, diciéndola: «No, tú no tienes imperio sobre mí; si muero, es por imitar á mi Hijo, que siendo Dios inmortal quiso morir en la Cruz; si mi cuerpo queda sin vida, es para demostrar al infierno que ni el gusano ni la corrupcion pueden entrar en el arca santa; huye, pues, y ensangrienta tu cuchilla en otras víctimas que lo sean del pecado, mas no en mí, que sólo soy víctima del amor.» A semejantes razones el horrendo espectro no pudo ménos de huir, y,

entre tanto, el alma de María, cual suave vapor de precioso timiama, sube, penetrando por las regiones etéreas, hasta el santuario de la Divinidad. Es conducido su cuerpo al sepulcro, es encerrado en el frio mármol, y éste se estremece al ver que un serafin armado guarda el tesoro que ha sido encerrado entre las sombras sepulcrales, no como una víctima, sino como un depósito.

¿Es extraño, señores, como afirma el Damasceno, que en presencia de hechos tan portentosos, el cielo y la tierra se vistiesen de alegría?